



EPÍLOGO.

---

**S**EGÚN lo minucioso de nuestros apuntes históricos, habríamos todavía de llenar algunas páginas con solo la relación de los sucesos; pero extractaremos lo más posible para no abusar de la paciencia de nuestros lectores.

Don Manuel y Lola estaban á punto de entregar el talismán de su felicidad á Zubieta; pero ya hemos dicho que Zubieta no estaba corrompido, podía decirse de él que había sido alegre, pero sin pasar los límites del honor y del deber. Zubieta no había

sido uno de esos calaveras de mal género que lo sacrifican todo á la vanidad de una conquista; por el contrario, más de una vez en su juventud se le había visto sacrificar sus palmas de victoria á una consideración de deber y de honra.

Bajo este punto de vista, Zubieta fué un hombre como hay pocos.

Zubieta en los momentos en que le hemos conocido, estaba á punto de triunfar completamente; pero sintiendo en su interior el solemne aviso de sus sanos principios, se manifestó una vez más, grande y generoso.

Zubieta se retiró de la casa de don Manuel, pero no en vergonzosa derrota, sino dejando conocer toda la generosidad de su conducta.

Hizo un viaje á Rio Janeiro en donde tenía parientes é intereses.

Sólo una cosa no pudo conseguir Zubieta, y era que Lola no le rindiese interiormente el culto que todas las almas bien nacidas saben tributar á las acciones generosas.

La casa de don Manuel se tranquilizó. Lola puso de su parte toda esa santa abnegación de que es capaz una mujer virtuosa para conservar la paz de su matrimonio.

Hay virtudes del hogar que son toda una epopeya de sacrificios y de heroicidades que pasan desapercibidas para el mundo.

Esas virtudes hacen del hogar un santuario adonde no penetra el ojo del público, pero sí la mirada de un ángel invisible que es un celeste intercesor, un compañero divino de esos dolores misteriosos y tristes que sólo en la otra vida tienen recompensa.

Pobre Lola! pobre mujer! es justo amarla cuando enseña á reír; pero es necesario adorarla cuando sabe llorar en secreto.

.....

En cuanto á Gabriel, nuestro pobre niño, llevó siempre sobre sus espaldas ese fardo pesado destinado en el mundo, para oprobio de los padres, á los hijos de la desgracia.

Parecía que á Gabriel lo perseguía una

maldición; luchaba contra una suerte te-  
nazmente adversa y sus repetidas vicisitu-  
des, acabaron por imprimir á su carácter  
un sello de tristeza profunda; las líneas de  
su fisonomía fueron severamente corregidas  
por ese maestro inexorable que se llama  
infortunio, pero en su alma pudo arraigarse  
el sentimiento de la dignidad, el aprecio de  
sí mismo, aprendió á sufrir y aprendió á  
amar. Este fué su aprendizaje para aspirar  
á ser feliz.

Don Santiago arruinado por Solares y  
los agentes de negocios, por Estefanía y So-  
tomayor, y finalmente, por la curia, que co-  
mo un pulpo bañado en tinta, chupa con  
cien mil patas de papel sellado la sangre de  
los clientes. Don Santiago, decimos, al aca-  
bar con su resistencia, entregó el despojo  
de su cuerpo cansado á su postrera enfer-  
medad, á ese horrible peaje que tenemos que  
pagar para pasar de la vida á la muerte.

Gabriel supo al fin, porque no faltó un  
viejo que se lo contara, quién fué su padre  
y lo que fué su padre; supo quiénes eran

Estefanía y sus hijas, y una noche en que  
la policía allanaba una casa de la calle de  
San Pedro y San Pablo, y sacaban del gari-  
to para exponerlas á la vergüenza á muchas  
mujeres perdidas, Gabriel movido por la  
curiosidad fué de los espectadores.

La policía acababa de poner coto á una  
orgía, y hacía colocarse entre filas á muchas  
mujeres grotescamente ataviadas de baile y  
á varios jóvenes decentemente vestidos.

Gabriel, que como hemos dicho, ya co-  
nocía todos los pormenores de su historia,  
miró entre las mujeres reos á Elvira y á otra  
de sus hermanas.

Eloísa reía con la sonrisa idiota del bo-  
rracho.

Gabriel se acercó á contemplarlas á la luz  
de las linternas de los guardas, y en medio  
de un dolor que no podemos describir, se  
cubrió la cara con ambas manos y cabizba-  
jo y abatido se retiró con paso vacilante,  
diciendo para sí estas palabras: «LAS HIJAS  
DE MI PAPÁ.»

## INDICE.

---

	<u>Páginas</u>
CAPÍTULO I.—En el cual se dan al lector recetas útiles . . . . .	7
CAPÍTULO II.—D. <sup>a</sup> Estefanía bajo el punto de vista financiero . . . . .	27
CAPÍTULO III.—Los dos mil pesos. . . . .	45
CAPÍTULO IV.—De lo que hicieron Zubieta y don Manuel tratándose de Lola . . . . .	58
CAPÍTULO V.—Las visitas de tarde en tarde . . . . .	83
CAPÍTULO VI.—Sesión secreta de reglamento. . . . .	105
CAPÍTULO VII.—El aprendiz . . . . .	127
CAPÍTULO VIII.—Los negocios de las gentes . . . . .	143
CAPÍTULO IX. . . . .	155
CAPÍTULO X. . . . .	171
CAPÍTULO XI.—Adios. . . . .	187
EPÍLOGO. . . . .	195

---